

que de este Señor me quedó. En ti murió pobre, desnudo y desprendido de todo, abrazado sólo contigo, y en ti clavado. Toda te dejó para todos los suyos, y toda á cada uno de los que le aman. Adórote, abrázote, rebóte por mi rico tesoro. ¡Oh, más hermosa que todas las estrellas, más fuerte que todos los ejércitos, triunfadora de los enemigos! ¡Oh, cómo quedas en el campo, triunfante, sin poder ser derribada ni vencida! Ya te reconoce el cielo; ya tiembla de ti el infierno; ya te tiene miedo el mundo. Ya conoce el enemigo que el que en ti murió es verdadero Hijo de Dios. Ya honras á los que hasta aquí abatías, pues pudiste hacer del ladrón facineroso un ciudadano del cielo. Tú eres mi corona, mi gloria, mi riqueza, y por tí tengo todos los bienes. A ti me acogo; contigo me abrazo; en tí quiero vivir y morir. Ya perdiste tu dureza; ya quedas suave yugo; ya prenda cierta de la gloria; ya principio de reinar; ya alivio y descanso de los que á tí se acogen. Adórote, árbol de la vida; adórote, fuente de la sabiduría; adórote, muro incontrastable contra los enemigos; adórote, horno que quedas ardiendo en fuego del divino y amoroso Cordero. Recíbeme en tus brazos; susténtame y santifícame en ellos; por tí me reciba el que en tí me remedió y en tí murió por mí lleno de amor.

¡Oh Madre de Dios sacratísima, Reina de los ángeles, gloriosa estrella del mar, guía de pecadores, que quedáis llena de penas y suspiros de este Señor, y llena de fe y esperanza de verle resucitado á los tres días! Concededme ser crucificado con El, recibido de sus manos, de ellas y por Vos siempre amparado, para que de El y para El viva, en El muera y con El reine. ¡Oh corte celestial, que tenéis allá este divino Cordero inmortal, contentos de poseerle y seguros de no perderle jamás! Ayudad á este desterrado hijo de Eva á vivir por el crucificado y siempre abrasado de amor, para que por El merezca ser con vos coronado para siempre y glorificado. Amén.

FIN DE LOS CINCUENTA TRABAJOS DE JESÚS

Ya que la sangre de Cristo nuestro Señor fué el precio de nuestra redención, derramada á fuerza de muchos trabajos, y que como por resto de cuenta quiso que después de su muerte le abriesen el costado para dar cuanto en el cuerpo le quedaba, parece que esa misma sangre pide y obliga á que particularmente tratemos de este sacratísimo costado, y recojamos con todo amor los frutos de la sangre que por él salió, y los tesoros de del Corazón de Jesús nos descubrió. Y porque el principal intento de esta obra es que los atribulados hallen modo de acompañarse con el Señor atribulado, añadiré dos capítulos: uno del costado que abrieron al Señor; otro de la compañía que su Majestad hace á todos los afligidos, con ejercicios acomodados al fin.

CAPÍTULO PRIMERO

Del costado que abrieron al Señor.

Como el Redentor que padecía los tormentos era no solamente Hombre, sino Dios, que con el Padre y el Espíritu Santo media por consejo eterno la cantidad, calidad y modo de las penas, dándolas virtud para los bienes que por ellas pretendía, de tal manera ordenó los tiempos y circunstancias de cada una, que todo sirve para cumplir enteramente las profecías, para firmeza de nuestra fe y para lo que él deseaba, que era encender en nuestros corazones su amor y salvarnos de los pecados. Fué en todo esto tan liberal, que recibió los tormentos á medida de sus fuerzas, superiores á todas, y franqueó mercedes conforme á su grandeza. En todo pasó el límite de lo que merecíamos y de las leyes á que nos obliga y con que nos gobierna. Por eso, ya que había dado su preciosa sangre en precio de nuestros pecados y por los bienes de gracia y gloria de que carecíamos, no se contentó con cualquiera parte (que era suficiente), y dispuso que ni aun aquella sangre, que por la muerte quedaba sin derramar, perseverase en el cuerpo. Y aunque había puesto límite á la ley del amor diciendo que bastaba llegar á dar la vida por el amigo (por no haber más que dar), el que tenía la vida y la muerte en su mano pasó adelante; pues antes de nacer ya había hecho obras de infinito amor, y no se contentó con continuarlas toda la vida hasta morir por nosotros; sino que después de muerto mandó abrir su costado, para que la puerta de su corazón quedase siempre abierta para refugio de todos sus amantes.

Dió ocasión á esto el morir en viernes de la Pascua, víspera de sábado, que era para los judíos día de grande veneración. Y como ellos honraban sus fiestas con ceremonias exteriores más que con pureza de corazón, no sentían la gran maldad de haber quitado la vida al Señor en tal tiempo, y tenían por gran profanidad que el cuerpo quedase pendiente en la cruz en el día del sábado. Por esto pidieron á Pilatos que mandase quebrantar las piernas del Señor y de los ladrones, para que con aquel tormento acabasen de morir y les quitasen de la cruz antes de anochecer. Sin enterarlo correspondían á la verdad de los consejos y misterios divinos; porque como el sábado era día de descanso, dedicado al culto divino, significaba el reposo que las almas tienen en la divina conversación y comunicación de los bienes espirituales que en ella reciben de Dios, en cuya comunicación huye toda obscuridad; todo tormento, cruz y aspereza desaparece. Por eso fué necesario que el cuerpo en que Dios hizo y acabó las obras de nuestra redención, fuese quitado del madero afrentoso y entregado á los brazos de los que con puro amor habían de tener con este Señor el sábado del descanso.

Convino Pilatos en lo que le pedían, y por su mandado quebrantaron las piernas de los dos ladrones; y llegando á la cruz del Señor para lo mismo, vieron que ya estaba muerto, y tuvieron por escusado el quebrantarle los huesos. Así estaba profetizado en la Ley de Moisés, que mandaba á cada familia comer en el día de Pascua un cordero asado, y entre las ceremonias que debían observar, era una que no le quebrantasen ningún hueso. Este cordero figuraba al Redentor que, asado en el fuego de su amor y horno de la cruz, quedó por mantenimiento de las almas; el cual, aunque se dejó asar y matar como flaco, no perdió la fuerza y virtud de su divinidad para salvarnos, la cual fuerza estaba significada en los huesos, que es la parte más firme y dura del cuerpo humano. Así, quiso ser por todas partes abierto en llagas y descoyuntado en sus miembros, pero de suerte que ninguno fuese quebrantado ni apartado del cuerpo; para que entendiésemos que no le tenemos menos entero para cuanto necesitamos cuando parece más flaco, que cuando se muestra poderoso en la gloria de resucitado.

Mas ya que los malvados judíos, ministros de la voluntad del Señor y ejecutores de sus verdades (sin entenderlo ellos), no le quebraron las piernas por considerarle muerto, con todo eso, para asegurarse más y dar un nuevo gusto á su odio y malicia, le hicieron dar una lanzada por parte que no fuese posible conservar la vida; y así, la dieron por la parte derecha del pecho, debajo de las costillas, donde está el hígado, atravesando hasta el corazón. Puede ser que también la lanza le abriese; mas si no tocó el corazón, á lo menos abrió todas las partes hasta donde él estaba, y quedó el corazón de Jesús abierto de par en par, sin volverse á cerrar jamás hasta el día de hoy. Refieren los autores que abrió el costado un soldado, llamado Longinos; y algunos dicen que era ciego, y que, salpicando sangre de la lanzada, le dió en los ojos y sanó. Pero si no era ciego en el cuerpo, lo era en el alma, pues no conocía al Señor que allí estaba pendiente, ni el bien que, abriendo aquella llaga, hacía al mundo. Pero fué tan dichoso, que el pecho abierto le abrió los ojos del alma, y en él tomó el corazón del Señor las primicias de las almas que del fruto de su costado se habían de mantener, y convertido á la fe y amor de aquel corazón divino, dió por Él después la sangre y la vida con glorioso martirio.

Del costado del Señor abierto salió luego sangre y agua, en tanta copia y distinción de una y otra, que con verdad pudo decir San Juan Evangelista que daba testimonio de ello, porque lo vió, y no pudiera ser distinguido con tanta claridad si la sangre saliera mezclada con el agua. Y como ésta es el elemento de que se toma la materia del sacramento del Bautismo, y la sangre del Señor la da con la virtud que tiene para santificar las almas, no hay duda en que de este divino costado salió este soberano lavatorio, que nos hace limpios y nos constituye hijos de Dios. Y no sólo este Sacramento, sino todos los demás que por la sangre del Señor tienen la virtud, procedieron de este sacratísimo costado como fuente de to-

dos los ríos de gracia y bienes espirituales. Al santo Bautismo le llamó su Majestad renacimiento, porque los que nacemos hijos de ira y del pecador Adán, nos volvemos en el santo Bautismo hijos de misericordia y de Dios; y así como del vientre de nuestras madres nacemos para el destierro y muerte, así en el Bautismo nacemos para herederos de la vida eterna. Queda, pues, entendido que habiendo salido de su costado el agua y sangre con que nacemos hijos de Dios todos los bautizados, sin duda somos hijos de sus entrañas, y á ellas debemos nuestro espiritual parto y nacimiento. Así quiso este Señor mostrarnos prenda de que nos tiene amor de Madre, ya que por tantos medios nos mostró el de Padre, para que ninguno lo ganase en muestras de grandes, propias y naturales obligaciones de amar; y viéndonos por todas partes y títulos amados de este Señor, le paguemos con amarle como á Padre, como á Madre, como Hermano, como Señor, como compañero y por todos los títulos de amigo que Él se dignó tomar; ni pusiésemos con menos amor y confianza los ojos en aquellas entrañas y costado de que renacemos para el cielo, que en los pechos de la Madre, de que nacemos para este destierro.

Cierto es digno de admiración y ponderación que su Majestad quisiese dar esta gran demostración de su amor estando muerto, cuando ya no sentía el dolor de la lanzada, habiendo dado todas las demás muestras en vida con tan excesivos tormentos, que mostraban bien ir todo á medida de su amor; y acerca de esto conviene al cristiano entender el fundamento de que no tenía menos eficacia la sangre del Redentor vertida de su cuerpo después de muerto, que la derramada en la cruz; porque la divinidad del Hijo de Dios estaba tan junta y unida á aquella carne muerta como al alma, que ya estaba separada; y así como el alma pudo quebrantar las puertas del infierno y sacar los Santos Padres por virtud de la divinidad que tenía unida, del mismo modo, y por la misma unión de la divinidad con el cuerpo ya difunto, pudo la sangre del Redentor santificar los pecadores y ser precio de nuestra redención; porque el Hijo de Dios nunca dejó la humanidad que tomó, aunque las partes de ella se dividieron. Y aunque en las horas que estuvo muerto no era hombre (necesitándose para esto la unión de cuerpo y alma), con todo eso era en realidad hijo de Dios humanado, porque tenía unidas á su divinidad las dos partes de la humanidad, que son cuerpo y alma, sin embargo de estar separadas. Por tanto, no eran de menos valor aquellas dos partes cuando separadas.

Con esto se percibe el motivo de que el Señor guardase tan gran demostración de su amor para después de muerto, á fin que en ningún estado en que le viésemos le hallásemos sin obras de su amor; y que si la muerte fué poderosa para apartar el alma del cuerpo, no lo fué para impedir su amor; y que con el cuerpo y alma separados estuviese ocupado en nuestro remedio. Así el alma consolaba á los desterrados en la obscuridad del limbo, dándoles principio de la eterna bienaventuranza, y en el cuerpo se abría

puerta para el seguro descanso de los afligidos. De este modo vemos que su amor eterno, ni en el vientre de su Madre antes de nacer, ni desde nacido hasta la muerte, ni después de muerto, ni resucitado, ni estando ya á la diestra de su Padre, le deja estar ocioso; sino que en la vida, en la muerte y en la gloria siempre trata de nosotros y mira por nuestro bien. No quiso sentir al abrirle el costado, porque la muerte había de ser fin de sus trabajos y principio de poder recoger los frutos de ellos, teniendo nosotros entrada y descanso en el corazón, donde su amor nos tiene escritos; y como esta era la cosa que más deseó en toda la vida, y que tan inmensos trabajos le costó, dejó para después de muerto el que se abriese la puerta de su costado sin dolores, para mostrar que no le costaba trabajo la entrada de tan grandes gustos por quienes toda su vida trabajó. De suerte que, si padeció muchos dolores y penas en las llagas y tormentos por donde nos mereció los bienes que en su corazón se encierran, no quiso padecer nada en el que abría ese corazón á todos los que en él quisiesen entrar.

Convenía también para nuestra doctrina que el costado del Señor fuese abierto después de muerto, y sin dolor; lo uno para que entendiésemos en ello que los trabajos no cuestan caro sino hasta llegar al corazón de Jesús, y que en haciendo asiento en él, su amor lo hace todo suave. Lo segundo, para que aprendamos que no es digno de aquel divino lugar y morada, sino el que muere á todos los gustos de la vida. Descanso es el corazón de Jesús; pero esto es para el que se contenta con él sin mezcla de otro. Morada es de los atribulados; pero de aquéllos que con lealtad pasaron los trabajos para llegar á ella. Vida es verdadera de las almas; pero lo experimentan aquéllas que murieron para las vanidades de la vida presente, y renunciaron por amor de Jesús sus desordenados gustos. Y de este modo, el abrirse el costado después de muerto, muestra que es propio lugar de los crucificados y ya muertos al mundo.

En esto restituyó el Señor en mejor suerte lo que había quitado á los hombres; porque si nos quitó y cerró el paraíso terrenal, nos abrió su corazón. Y si á la puerta de aquél puso un querubín con espada de fuego que impidiese la entrada para siempre, en este divino paraíso abrió puerta que jamás se cierre y encendió dentro fuego que abrasa sin acabarse, y que con su hermosura á todos llama y convida. Aquí dentro se halla la verdadera sabiduría, que convierte las almas, el fruto de vida eterna y fuente de agua viva que riega la ciudad de Dios, no sólo por dentro de los muros de la celestial Jerusalén, sino por los arrabales de los que vivimos desterrados. Aquí se halla el tesoro de todos cuantos bienes pueden las almas desear. Venid, pues; venid, almas; entrad, gustad, y veréis que suave es el Señor.

EJERCICIO DE LA LLAGA DEL COSTADO

En todo, buen Jesús, excede vuestro amor á todos los términos y leyes, ni puede tener igual. Pusisteis, Dios mío, por término del

amor y verdadera amistad, llegar hasta morir por el amigo, porque ni hay más que dar, ni más que hacer. Pero Vos, Dios de amor, bien infinito, pasasteis más adelante; no sólo morís por amigos y por enemigos, sino que amando hasta morir, aún tenéis más que dar y os queda más que hacer. Dais la sangre que os queda en el cuerpo y abris el corazón donde nos tenéis escritos; hacéis abrir una entrada tan grande, que jamás se cerró. Amáis viviendo, amáis muriendo, amáis después de muerto y amáis eternamente. Ni con la muerte se pudo vuestro amor agotar; pues siempre amáis, siempre tenéis que dar y siempre en qué mostrar el amor que nos tenéis. Ni aun muerto queréis que me tenga por olvidado de Vos, pues aun apartada el alma de ese cuerpo, tuvisteis cuidado de abrirme ese sacratísimo costado, para que saliese sangre que todo me limpia y tuviese yo entrada á lo íntimo de ese enamorado corazón, donde todos mis bienes se atesoran. Ya no os pediré con David que me rociéis con el hisopo, sino que os diré con San Pedro, que bañéis en esa sangre mi cabeza, manos y pies para ser del todo limpio; y cuando con la virtud de esa sangre me limpiéis, por ella me perdonaréis, por ella me santificaréis, por ella me llegaréis á Vos, y lo que yo no mereciere, por ella me lo concederéis. Adórote, divina sangre, que con tu corriente llevas la tierra al cielo; con tu caudal ahogas en divinos bienes todas las almas, y con tu calor haces de enemigos, amigos; de errados, bien encaminados; de ciegos é ignorantes, alumbrados; y de hijos de ira, hijos de Dios. No quede yo fuera de tan grandes bienes, pues no tengo yo menos parte en esa sangre que todo el mundo junto.

Adórote costado sacratísimo, asilo seguro de los culpados, refrigerio amabilísimo de todos los cansados y recogimiento de todos los desterrados y desamparados. ¿Qué invenciones son estas de vuestro amor, mi buen Jesús, que tan junto y unido me queréis con Vos? ¿No basta para mí estar al pie de esa cruz? ¿Puede haber mayor misericordia que no ser arrojado de aquí como merezco? ¿Aún queréis que suba, que entre, que tome el lugar que en ese corazón me queréis dar? ¿También queréis se diga de mí y de Vos que el amante más vive de lo que ama que del alma? ¿Queréis quedar sin sangre y no quedar sin mí? ¿Atrévase vuestro corazón á estar sin el alma que le da la vida, y no acaba consigo volver á vivir sin mí? Ahí me queréis hallar cuando resucitado, donde en vida y muerte me tiene vuestro amor escrito. Resucitado y á la diestra del Padre queréis me éntre ahí; queréis estar de cerca conmigo para hablarme, oírme, responderme, recibir mi pobreza y darme vuestros bienes. Si David tenía por mejor un día en los atrios de vuestra casa que mil fuera de ella, y consideraba mayor bienaventuranza ser uno de los despreciados de vuestro palacio, que el más estimado del mundo, ¿qué dijera si viera la entrada de este costado y la estimación correspondiente á los que pueden estar, no en los patios, sino en lo más íntimo de ese divino pecho, donde se encierra toda la divina Majestad y tesoros del Padre Eterno? ¿Qué me detiene, Dios mío? ¿Por qué no entro donde sé que estoy deseado, esperado y

abastecido de todos los bienes? Vos, Señor, que sabéis no pueden desearse los bienes de ese corazón sin experimentarlos, llevadme y dadme en él la entrada que deseáis; y pues conmigo queréis vivir en él, vivid, Señor, y ponedme ahí con Vos, que eso será vivir.

Pensaba vuestro apóstol San Pablo que decía mucho, cuando dijo: *Vivo yo, mas ya no yo, porque vive en mí Cristo; ¿qué mucho diga esto el siervo que sólo vive de Vos, si Vos, amor infinito, no queréis que ninguno os venza en amar, y con verdad os preciáis diciendo: ¿Vivo yo, mas no soy yo, porque en este corazón vive el pecador á quien amo? Oh vida mía, ¿porqué muero tantas muertes si soy amado de Vos? ¿Por qué me dejáis andar vagando, perdido y desterrado fuera de ese corazón, donde sólo puedo hallar quietud? Oh pastor de mi alma, no se pierda esta errada oveja; pueda más el amor que me tenéis para llevarme á Vos, que mi malicia para echarme fuera de ese corazón. Si el cielo tiene gozo en que no se pierda un pecador, es por el gusto que conoce tenéis Vos de recogerle. Contentaos á Vos mismo; dad á ese corazón placer en salvarme, pues no se satisface sino con meterme en sí. Vuestro abrazado Agustín os llamaba más íntimo que lo íntimo de sus entrañas; y Vos, Dios mío, queréis que también yo esté ahí más íntimo que esas vuestras, pues dentro de ellas me tenéis, en ese corazón puedo entrar y vivir ahí amando. Ningún medio queréis entre Vos y entre mí: sin intermedio, sin impedimento me queréis poseer y comunicaros todo. Por eso no cerrasteis ese costado, sino que resucitado y en gloria me lo dejasteis patente. ¡Oh esperanza mía segura! ¡Oh vida verdadera de mis muertes! ¡Oh todo mi bien! ¿quién me engaña y me aparta de Vos? ¿Quién me ciega, cuando miro otra cosa fuera de Vos? ¡Cuándo se acabará el peso de esta miseria y ninguna cosa me impedirá vivir todo en Vos!*

En ese corazón se hallan todas mis riquezas verdaderas; ¿pues en qué desventurado sitio busco yo las mías sino hay más que esas? Ahí tengo el fuego que me ha de abrazar y transformar; ¿pues cómo sufro las nieves de este alma, que enfría mi espíritu de manera que con ninguno de esos vuestros divinos fuegos se calientan? ¡Oh, cómo estoy lejos de los mismos bienes que me cercan! Pero, Señor, lejos de vuestra fe y amor puro se hallaba vuestro apóstol Tomás, cuando no quería creer sin palpar; Vos le buscasteis, le hicisteis meter la mano en ese costado; luego quedó otro, luego quedó preso, luego alumbrado, luego inflamado, luego exclamó diciendo: *Vos sois el Señor mío y el Dios mío*. Creo, mi buen Jesús, sin palpar; creo lo que él creyó viendo y palpando; pero dadme el amor que él recibió, para que yo quede preso de Vos. Lleguen á mí los fuegos que con tanta prontitud corrieron por la mano del apóstol hasta mudarle el corazón; quítanme la vida mortal; y háganme vivir en Vos, vida de mi alma. ¡Oh vida, sin la cual muero! Apartadme de las muertes por donde os pierdo; no me dejéis andar errado por fuera, pues para ganarme quedasteis abierto después de muerto y resucitado.

¡Oh sacratísimo costado, oh puerta del Paraíso, oh entrada del

divino amor, oh fuente de vida, que siempre manas! Tú me has de llevar con tu virtud, pues de ahí he de recibir aquello con que he de ir á ti. Mi alma arde en tu deseo; no te cierres para mí, ni me niegues la virtud con que cautivas las almas, y las llevas á ti. En ti me he de ver libre de mí; en ti no llegarán á mí los enemigos. Verdaderamente, Señor, *pusiste allisimo mi refugio*, como dice David; ni habrá mal que se acerque á él, pues la pusisteis dentro de ese corazón. Por eso quisisteis que no se abriese hasta después que tuvisteis vencidos con vuestra muerte mis males y enemigos, y después de tener desbaratados los contrarios que os cercaban; para que como á fortaleza invencible, me acogiese á ese corazón, y como en tierra pacífica caminase por esa puerta divina, abierta de par en par, y segura de cuanto puede ofender. Hasta llegar ahí, ando en guerra, en peligro, salteado, robado y acuchillado, porque ando entre enemigos, y trato en bienes que me pueden quitar. Ahí no llega enemigo, ni mal, ni ladrón, porque son todos los bienes de ese corazón divinos fuera de toda jurisdicción, de corrupción y de pérdida. Todo cuanto en mí hay os desea; mis miserias suspiran á Vos por misericordia; mis pecados por perdón, mi cautiverio por libertad, y mi muerte por vida. ¡Oh divino corazón! oíd estas voces, que no pueden dejar de entrar por puertas tan abiertas. El amor que os hace tan patente, ese os mueva á recogerme ahí. ¿Para qué un hecho tan grande, si me he de perder? No me perderé, bondad infinita; téngos á Vos por mí; Vos me quitaréis de mí, y aseguraréis en Vos.

Adórote, salúdote, divino corazón, tan cautivo de mi amor. Todo lo tengo ahí, deseo deshacerme en vuestro amor. Ya no quiero otra afición, ya no quiero otro refugio, ya no quiero que otro me conozca ni me vea. Vos sólo me bastáis; Vos me mudaréis, me enriqueceréis, y saciaréis los deseos de mi alma. ¡Oh, si siempre estuviese unido aquí! Si aquí viviere con Vos, venga la muerte cuando quisiere, porque esa me descargará de este cuerpo, para vivir siempre en Vos, sin miedo de perderos. ¡Oh, cómo solo soy pobre, pero con Vos qué rico! ¿Cómo lo que hay fuera de Vos me engaña, y no siento mi perdición? Consumid ya, Señor, las inclinaciones terrenas de este bruto y miserable pecador; llevadme todo á Vos para que viva libre de mí. Acordáos que no pedís á los hombres más que el corazón, para acompañaros con él. ¡Oh, quién tuviera cinco corazones, para ponerlos en estas vuestras cinco lagas, y quién pudiera hacerse todo corazones, para daros muchos compañeros y amaros con mucho amor! Mas ya que no tengo más que uno, y ese pequeño, miserable, frío y lleno de miserias, tal cual está os le doy. Aceptadlo, Señor, con misericordia, y hacedlo cual Vos queréis, para que merezca ser digna mansión vuestra.

¡Bien mío, buen Jesús, remedador mío y luz resplandeciente de mis ceguedades! En Vos pusisteis todos mis bienes verdaderos para que no pudiese hallarlos en otra parte por más que los buscase, á fin de que, á lo menos, me obligase mi necesidad ir á Vos. Quisisteis ser mi Padre, mi hermano, mi amigo, compañero, pastor, pas-

to, sabiduría, fortaleza, gusto, riqueza, descanso, vida y bienaventuranza. Vos, Señor, dijisteis que oiríais á quien os llamase, daríais á quien pidiese y abríais á quien llamase. Y porque no anduviésemos por muchas puertas ni nos cansásemos por muchos caminos en busca de los bienes que nos prometisteis, los pusisteis dentro de Vos y abristeis las puertas de ese vuestro corazón, para que todos entremos. Bien sabiais, cuando así lo ordenasteis, que yo había de ser, como soy, pecador, llagado, miserable, ingrato, sucio, indigno de la santidad, pureza y grandeza de ese lugar y de esa puerta á que me mandáis llamar. Con todo eso, queréis que no busque remedio sino en ese vuestro corazón, ni llame sino á ese costado, y me amenazáis con muerte eterna si no lo hiciere así. Pues, bien mío, aunque ser yo quien soy me retira, el amor que me tenéis me tira y me trae aquí. Si os he de desagradar huyendo de Vos, ó llegando con desventuras, antes quiero muerte de vuestra mano que ausentarme de Vos. Cierto estoy que, si me podéis quitar la vida, no me quitaréis el deseo de vuestro amor, ni despreciaréis los clamores del que mandáis pida, para que tengáis ocasión de dar cuanto deseáis y lo que podéis. Aquí, pues, me presento pecador; aquí llevo pobre; aquí llamo miserable; aquí pido necesitado. Merezo no ser oído, ni recibido, por las muchas veces que me llamasteis y no os quise oír; pulsasteis en mi corazón y no quise responder. Mas no habéis de ser Vos como yo, pues os hicisteis Redentor de orejas erradas y vinisteis á buscar á los que huían de Vos. No huyáis, pues, Señor, de quien os busca, aunque tal que os pueda dar fastidio.

Abrid, pastor mío soberano; abrid, médico divino; abrid, Padre de misericordias, á este necesitado; dadme entrada en ese corazón; leed lo que en él tenéis escrito; ahí me hallaréis en el número de los pecadores por vuestra sangre redimidos. Hacedme también, Señor, de los escogidos. Mostrad el resplandor de vuestros tesoros con el poder de vuestra soberanía en mi baja; porque si con vuestra hermosura prendierais al perdido, santificarais al malvado y levantarais á este miserable abatido, quedará ensalzado vuestro nombre, glorificada la grandeza de vuestra bondad, será buscado de todos los necesitados ese divino corazón, y se verá rico y acompañado de las almas que tanto deseáis.

¡Oh Madre de Dios, Virgen purísima, que vivisteis siempre de este divino corazón, y de sus tesoros estuvisteis y estáis rica! Pues sois guía de los pecadores, encaminadme á este sacratísimo costado, prendedme en él, quitad los impedimentos que hay en mí para llegar y vivir de él y por él. ¡Oh ángeles y bienaventurados, que de este paraíso de deleites estáis llenos! Alcanzadme de los frutos que de él recibis, para que, preso de su dulzura y suavidad, todo lo demás me fastidie, sólo corra á su sabor y sólo ame á su hermosura para siempre. Amén.

CAPÍTULO II

De la compañía que el Señor hace á todos los atribulados, y de los trabajos de los hombres, que Cristo no tuvo, pero los suplió por otros mucho mayores.

Es tanta y tan ordinaria la continuación de trabajos que padecemos los desterrados hijos de Eva en este valle de lágrimas, que dió ocasión al poeta para decir, que es consuelo de los miserables el tener compañeros en las penas. Pero esta consolación es tan impropia para los trabajos, que el mayor argumento, en prueba de ser incurables las miserias, es ver que no perdonan á nadie. No puede ser consuelo en el trabajo lo que no le retira, ni le aminora. Pero aquello parece haberse dicho por ser tales los trabajos de cada uno, que cuando refiere los suyos muy grandes, halla ú oye en otros tales miserias, que se contenta con las propias, y no las trocará con las ajenas; y así, lo que no concluye los trabajos, temple el sentimiento de la pena. En esta conformidad vemos que mientras andamos desterrados del cielo, no se oyen más que miserias ajenas cuando alguno se queja de las propias; porque esto es como un hospital, donde cuando se juntan los enfermos, cada uno refiere sus dolencias y penosas curas; ó como las cárceles y mazmorras, donde cada preso ó cautivo refiere sus prisiones ó infortunios. Así no vemos á hombre contar que le duele la cabeza, que tiene malo el estómago, que le perjudica la mudanza de tiempo, que le robaron la casa, que se le murió el pariente, que le hicieron una sinrazón, ó cosa semejante, sin que oiga decir al otro, que padeció aquel trabajo ó cosa semejante. Y aunque este miserable lenguaje no se siente ni pondera por su mucha continuación y generalidad; sin embargo, bien mirado, no hay en este mundo cosa que pueda excitar más á desear el cielo, que el poder verse el hombre en parte donde ni tenga males propios que contar, ni oír miserias ajenas.

Pero lo más de todas las miserias de este valle de trabajos, es que abundando en ellos, hay tanta falta de consuelos ó alivios, que por la mayor parte no hay más que los callos nacidos á fuerza de la continuación, los cuales aminoran el dolor, ó el tiempo hace se olvide lo pasado. Pero nadie vió hasta ahora que el trabajo ajeno referido aliviase el propio, ni que el pasado, traído á la memoria, sirviese de consuelo al presente; porque si unos trabajos pudiesen ser consuelo verdadero para otros, ningún atribulado se pudiera quejar; pues donde hay tantos serían generales las curas. A cada uno le duele lo suyo, sin que el dolor que sobreviene remedie el pasado; antes se cuentan los dos, y la memoria de los propios y ajenos hace al destierro más triste, la vida más pesada.

No así los trabajos del Señor, porque solo para ellos reservó Dios que sean verdadera cura y perfecta consolación de los nuestros. Cuando los hijos de Israel fueron por sus pecados castigados

en el desierto con una especie de serpientes que mataban á cuantos mordían, en significación de la ponzoña mortal de nuestros pecados, y de las miserias que consumen la vida, mandó Dios hacer una serpiente de cobre semejante á las que mordían, y que la levantasen en un palo, y todos los que la mirasen sanaban y vivían. En aquello se figuraba el Redentor crucificado, lleno de trabajos, y verdadero remedador de los nuestros; el cual dispuso que la verdadera sanidad que en sus trabajos debemos encontrar, fuese figurada por cosa que sólo con ser vista remediaba; porque si padecemos tristeza con sólo pensar ó hablar de Cristo entristecido, no sólo no melancoliza, sino que al mismo tiempo que sentimos la tristeza que en él vemos, quedamos no sé cómo alentados, consolados, y el corazón desahogado de la tristeza; de suerte que cualquier trabajo, ó memoria de los del Señor, su consideración, y la vista interior del amor con que padecía por nosotros, da esfuerzo para tolerar los nuestros, quita el sentimiento de la pena, y en fin, llega á hacer gustosas las penas que sin la vista del Señor afligian y nos acababan.

Inventó el Señor este género de consuelo para el valle de lágrimas; porque como son impropias las alegrías del cielo para los deserrados de la patria, y no sufría su amor vernos en tantos trabajos sin ningún consuelo, dispuso aliviar unos trabajos con otros, los nuestros con los suyos, para que así la memoria de los que El sufrió diese fuerza, virtud y aliento para llevar los nuestros, y éstos, unidos con los suyos, fuesen instrumentos de las coronas del cielo; de suerte que si nos puso en una continua rueda de trabajos, añadió también otra de la vida, para que unidas en el eje de su amor, unidas, como siempre anda, con las blanduras de su misericordia y bondad, nos hagan suave el yugo, el peso ligero, y sea gusto tirar de él con tan dulce y saludable compañía. Ni hay duda que nuestros trabajos no nos parezcan pesados, sino cuando no los acompañamos con los del Señor. No los tenía David tan cerca como nosotros, mas ya los veía en espíritu, cuando decía á Dios: *Cuántas tribulaciones muchas y malas me mostraste, y convertido á mí me diste vida y aliento, y me levantaste del centro de la tierra.* Si esto decía David con un pequeño favor que recibía de Dios en sus tribulaciones, y éste se lo hacía todo tan suave que más le parecían indicios, que verdaderos trabajos, el versé perseguido de Saúl, arrojado del reino por su hijo, con la muerte delante á cada paso, ¿qué dijera si se viese abrazado con Cristo clavado en la cruz, lleno de trabajos por nosotros, y con los favores que sus llagas dan á los atribulados, tan diferentes y superiores de los que David recibía de Dios? Sin duda que si con aquellas pequeñas ayudas no le parecían sus tribulaciones trabajos, sino sólo indicio de ellos, en compañía de los de este Señor los tendría por verdaderos placeres, y á la vida que careciese de ellos la reputaría más cansada y peligrosa que á la cercada de ellos por todas partes.

De estos, pues, y no de otros, podemos con verdad decir que es

consuelo el mal ajeno; logrando tal compañero en las penas; porque las del Señor remedian, alivian y convierten en bienes nuestros males con su amorosa memoria y compañía. Por tanto, ya que el Señor determinó acompañar á los atribulados, y consolar nuestras penas con las suyas, no se contentó con menos que con recibir sobre sí tantos y tan varios trabajos, que ningún atribulado pueda hacerle presente su dolor, sin que luego halle en él otro tal, ó mayor aflicción, de que pueda aprender á sacar provecho de la suya, y recoger del Señor el fruto y consuelo que ha menester; y cuando en cada uno de nuestros trabajos quisiéramos hacer oferta á Dios, para no recelar el efecto, hallamos luego en Cristo otro semejante, y juntando el nuestro con él, es sacrificio muy acepto de que recogeremos copiosísimos frutos.

Verdad es que los hombres pasan algunos trabajos que no tuvo el Señor, ya por no ser convenientes á su santidad y perfección de vida, ó ya por andar acompañados con algún defecto; pero suplió su divina Majestad la falta de estos trabajos con otros más penosos, de suerte que ninguno puede imaginar de sí que pasa mayores, ni tan grandes trabajos como Jesús, ni puede tener razón para dejar de aprovecharse de la compañía que le hace en la tribulación para consuelo y remedio.

No tuvo su Majestad el trabajo de remordimiento de conciencia ni el dolor de contricción de pecados; pero tuvo tanto sentimiento de los nuestros, que sudó gotas de sangre, y por los tormentos debidos á nuestras culpas, sufrió el Señor muchísimos para librarnos. Ni podremos llegar nosotros jamás á tener tanto sentimiento y penitencia de nuestros pecados, como El tuvo, pues murió por ellos.

No tuvo en sí contradicción en la carne contra el espíritu, que es la cosa más cansada y molesta en sus siervos y amigos; pero tuvo mucha contrariedad de la voluntad natural, de la parte sensitiva y animal, con gran miedo de padecer lo que la parte racional quería perfectamente sufrir y obedecer en todo á Dios; siendo tal la contradicción natural, que le costó gotas de sangre y agonía mortal. Además de esto tuvo muchos malignos espíritus, así humanos como diabólicos, que trabajaban por oponerse y deshacer sus obras y doctrinas; y esto le causó más pena, que á los suyos la oposición de la carne contra el espíritu. No tuvo el trabajo de cautiverio; pero en lugar de esto, se ocupó toda la vida en servir por nuestros pecados, con tanto trabajo, que se queja por Isaías de lo que esto le costó. No tuvo el trabajo de perder hacienda; pero en lugar de esto tuvo muchos de varias necesidades por la estrechísima pobreza en que vivió. No tuvo la pena de verse viudo ó huérfano; pero vióse desamparado de Dios y de los hombres y de toda criatura en el tiempo de sus mayores trabajos en la cruz, sobre cuanto pueden padecer los huérfanos y viudas. No tuvo pérdida de hijos; pero tuvo grandísimas aflicciones y sentimientos por las almas que se habían de perder, á las cuales amaba con amor de hijas y por tales las tenía. No padeció desaire de príncipes en su privanza; pero una sola vez

que entró en el palacio del rey, salió tratado como loco, y como tal despreciado. No tuvo pleitos ni querellas; pero anduvo por audiencias de malos jueces, donde no se le guardó ninguna justicia.

No tuvo enfermedades corporales; pero en todos los miembros donde ellas hacen sus oficios tuvo tantos dolores, que le fuera más tolerable sufrir las enfermedades, porque los más agudos dolores de la gota no pueden compararse con los de haberle descoyuntado los huesos; ni los dolores de cabeza, con los que la suya padeció traspasada de espinas; ni los males de corazón, con las aflicciones interiores que el Señor tuvo, ni otra alguna dolencia con los tormentos de su sacratísima Pasión. No tuvo casos desastrados; pero sufrió tantos y tan varios ardidés con que los enemigos procuraban infamarle y matarle, que excedió á todos los infortunios que se pueden padecer en esta vida.

Generalmente digo, que el que vea en sí algún género de trabajo que no halle en el Redentor, ponga los ojos en su vida, especialmente en El crucificado, y vea si en aquella humanidad sacratísima hay cosa que tenga descanso; y cuando conozca que todo es pena, entenderá que el Señor tomó para sí todo el lleno de las atribuciones, y que á él le dejó solamente algunas gotas de amargura, con que no sólo no puede quejarse, sino correrse de tener por mucho lo que padece cuando está debajo de la bandera de un atribulado capitán; y con esto deje correr sus trabajos hasta que lleguen á los grandes mares de lo que el Señor padeció, porque en llegando allí y juntándose aguas con aguas, dolores con dolores, tribulaciones con tribulaciones, toman las nuestras virtud, valor y eficacia de las suyas. Y para hacerse su Majestad compañero de todos los atribulados, ya que había condenado á los hijos de Adán á continuos trabajos por el pecado, también su Majestad, haciéndose hijo de Adán, aunque libre de culpa, no quiso librarse de la pena, sino que tomó mayor parte de cuanto cupo á los hijos de Adán.

De este modo (como varias veces se ha dicho) mudó Dios la sentencia de castigo en merecimiento de gloria, para que con más gusto sufriésemos los trabajos, recibéndolos no tanto como castigo, cuanto como granjería del cielo. Y siendo esto difícil de creer por lo mucho que la naturaleza flaca y amiga de sí misma aborrece cuanto la aflige, cargó el Señor sobre sí tantos trabajos, para que cuando con fe viésemos los bienes que por ellos nos adquirió, conociésemos que santificó en sí nuestras miserias y como que beatificó nuestros trabajos, para que con gusto nos abracemos con lo que toda la vida nos acompaña; para ser glorificados con el Señor atribulado, como fuimos culpados y castigados con Adán.

Es muy trillado este lenguaje en la Divina Escritura. Quejándose el Señor de los hombres, que no le ofrecían sacrificio á su gusto, declara cuál le es más acepto, diciendo: *Sacrificame alabanzas; llámame en el día de tu tribulación; yo te libraré, y me honrarás.* Y en otro salmo, tratando de la protección que el atribulado tiene en Dios, dice: *Con él estoy en la tribulación, libraréle y glo-*

rificaréle. En otro salmo dice: *Echa en Dios tu cuidado, y El te mantendrá y no permitirá que ande el justo desasosegado.* En otro dice: *Cerca está el Señor de los que tienen el corazón atribulado, y salvará á los humildes de espíritu.* A este modo está llena la divina Escritura de la compañía que el Señor hace á los atribulados para librarlos. Pero no imaginemos que este librarlos es quitarles la tribulación, para que vivan en esta vida sin ella; porque no es esto lo que les conviene, sino darles fuerzas para que puedan llevarlas, sacar provecho, vencer y llevar las penas con gusto por su amor; porque mucho mayor obra y mayor merced es hacer victoriosos en sus trabajos á los flacos hijos de Adán, que traerlos ociosos. Por todos estos respetos, Cristo, así como se llama nuestro en las divinas Escrituras, por nombres de todos los bienes que podemos desear, para que veamos que cada uno de nuestros deseos en El sólo se puede satisfacer; así también, haciéndose capitán y maestro de los atribulados para ser de todos imitado, quiso pasar tan varios géneros de trabajos, para que en cada uno de los que los hombres padecen hallen en él lección, ejemplo, guía y compañía para sobrellevarlos con ganancia. Sea para siempre bendito y alabado por todas estas mercedes, dadas á tan indignas y pobres criaturas. Amén.

EJERCICIO PARA CUANDO EL CRISTIANO SE VE EN ALGÚN TRABAJO

Conócete yo, Dios y conocedor mío; conócete, virtud y vida de mi alma; conócete del modo que soy de ti conocido. Manifiéstate, consolador mío, á mi corazón atribulado; véate, luz de mis ojos, con tu luz, y todas las tinieblas que me cercan huirán con tu presencia. Véate yo, única recreación de mi espíritu; véate, única alegría de mi alma; véate, refrigerio mío y mi suave consolación, por dentro y por fuera. Amete yo, fortaleza mía, y toda mi defensa en tiempo de tribulación. Bien veo que no merezco llamarte ni ser visto ni oído de Ti, y cuán grande atrevimiento es hablar yo con tan gran Señor. Pero la necesidad no tiene ley; el dolor y la miseria que padezco me precisa á dar voces á Vos. Porque estoy enfermo, llamo al médico; porque estoy ciego, invoco la luz; por verme muerto, suspiro por la vida. Cuando me miro me hallo metido en una vida corta para los bienes engañosos que promete (pues pasan como el humo), y larga para los trabajos con que me aflige, porque siempre me cercan. Parece alguna cosa, pero conviértese en nada y en todo es inconstante; ya me alegro, ya estoy triste; ya sano, ya enfermo; ya vivo, ya muerto; ahora parezco dichoso, y siempre estoy en miserias, siempre flaco, siempre rodeado de lazos y trabajos que me abaten y ahogan; y cuando pienso que puedo algo, me hallo sin aliento y sin ánimo para cualquier trabajo. Tal soy de mi cosecha, y más flaco de lo que sé ni puedo referir.

Si me dejáis, ¿qué será de mí? Clamo, Señor, á Vos, porque en Vos se halla toda mi fortaleza. Ayudadme, virtud mía, de quien sólo viene mi esfuerzo; socorredme, remedador, por quien soy sus-

tentado; venid, luz resplandeciente, por quien veo; mostradme vuestro rostro, gloria mía, para que sea recreado. Cuando os conozco, se halla mi fe fuerte para todo; cuando tengo los ojos en Vos, mi alma sabe esperar; cuando os amo, todo lo puede mi flaqueza. Pero si os encubris y me dejáis en manos de mi flaqueza, de mi tribulación ó tentación, yo no lo sé decir, Vos sabéis cuán poco y cuán miserable soy. No alcanzo cómo se componen en mí la tribulación y la miseria, porque antes de valerme de los auxilio que vuestra bondad me franquea, hallo acobardada y perdida mis flaqueza y la tribulación señoreándose de mí y haciendo cuanto quiere: ya me derriba; ya me echa fuera de mí; ya se apodera de mis fuerzas y del espíritu, de suerte que ni me sé valer, ni me entiendo, ni sé qué tal estoy en vuestra purísima presencia. ¡Oh conocedor sapientísimo de mis miserias! Vos veis este interior y cuál estoy en el tiempo de la tribulación. Valedme, Señor, con vuestra virtud; no me aparte de Vos ninguna cosa, ni me saque de vuestra obediencia.

Haga aquí presente en su interior la tribulación que padece, y con humildad alabe al Señor, diciendo:

Muchas ó infinitas gracias os doy, Señor, por este trabajo, y aunque mi poquedad miserable lo siente como flaca, confieso que me conviene; Vos sois mi Padre amantísimo, criador mío poderosísimo, remedador mío buenísimo, amigo mío fidelísimo y mi gobernador sapientísimo, que sabéis lo que me conviene, lo que puedo llevar, y siempre usáis de misericordia. No miréis, Señor, á mis pecados, ni al sentimiento de mi flaqueza, sino á la abundancia de vuestras piedades. ¿Dónde ó con qué servicio merecí que me hicierais participante de vuestra cruz y compañero de vuestros trabajos? Vos sabéis, Señor, que, cuando no me atribuláis, está mi corazón más descuidado de Vos, más derramado por las cosas del mundo; vuestro amor más frío; los pensamientos más distraídos; el amor de las cosas de la vida más vivo; las inclinaciones de los vicios más ágiles; la soberbia más hinchada; los pecados menos llorados; vuestro temor más perdido; los enemigos del alma más industrioses contra mí; y yo, entre todos estos males y peligros, más olvidado de Vos y menos cauto para guardarme de ellos. El trabajo, aunque me aflige, me recoge, me ocupa, me hace conocer la necesidad que tengo de Vos, mirar mejor la grandeza de mis pecados; y cuando como flaco estoy sintiendo, vivo en menos peligro que cuando sin trabajo me hallo descuidado y contento.

Aláberte, Señor, el cielo y la tierra por la merced que me hacéis en la aflicción que me daís; aláberte vuestro amor y vuestra bondad. Yo, así como puedo, con el corazón atribulado, tibia y friamente, os alabo y deseo alabaros con el amor y fervor de los ángeles, querubines y serafines. Si me conviene consolarme, consoladme; si me conviene atribularme, dadme tribulación; en vuestros ojos está mi peligro, mi necesidad y mi flaqueza. No os falta sabiduría para que veáis lo que me conviene, ni bondad para quererlo, ni poder para que lo hagáis. Haced en esta flaca naturaleza vues-

tra voluntad; dadme la fortaleza que me falta; sacad en mí los bienes que pretendéis en esta tribulación; dadme virtud para todo lo que de mí queréis, y ordenan en mí cuanto quisierais. Concededme que sea un instrumento rendido sin contradicción para todas vuestras voluntades, pues sois poderoso para todo. No permitáis que prevalezcan contra mí mis enemigos, ni que se rinda la flaqueza de mi carne con ese trabajo, ni que yo haga, piense ni desee cosa que desagrado á vuestros purísimos ojos; antes bien, convertid á Vos todos mis sentidos y potencias.

Aquellas manos inocentísimas que fueron clavadas en la cruz, esas me hicieron; esas son las que me atribulan; sean también, Señor, las que todo me conviertan á Vos. Abrid mis oídos para que os oiga y obedezca; alumbrad, luz invisible, mis ojos, para que os vea y siga; criad en mí nuevo sentido de olfato para que corra en pos de los olores de vuestros suavísimos ungüentos. Sanad mi gusto para que perciba la suavidad de la dulzura que tenéis guardada para los que os aman. Dadme memoria que en Vos piense; voluntad que os quiera; entendimiento que os conozca; razón que con firmeza se una á Vos, y alma que os ame con todas sus fuerzas; porque cuando de veras no os amo, busco amistades perversas; ando vagabundo, buscando consolaciones fuera de Vos, donde no las puedo hallar sino engañosas.

Sólo Vos, Dios de mi alma, cuando me atribuláis, daís verdadera vida, verdaderas riquezas, y verdadera consolación. Haced, Señor, que yo conozca lo mucho que os debo por este trabajo que me daís. Así tratáis á los hijos y queridos, y siendo yo merecedor de que me apartarais de vos, me tratáis como á los escogidos. ¿Por qué no os alaban mis entrañas, y no se derriten en amor? Mudáis la sentencia de los grandes castigos que merecen mis pecados en tan pequeña tribulación, ¿y me quejo? Oh Señor misericordioso, no me desamparéis, ni me arrojéis con ira de vuestra presencia, sino dadme fuerzas, ánimo, entendimiento y amor para que esta tribulación no me derribe, y con ella cumpla vuestra voluntad, y os sirva como queréis y mandáis.

OFERTA HUMILDE EN LAS MANOS DEL SEÑOR, Y RENUNCIA
DE TODO EN ÉL

¡Padre mío y Dios de toda consolación, que me criasteis, redimisteis, y me sustentáis con misericordia! Delante de Vos está mi poquedad y pobreza, delante de esos purísimos ojos están los tormentos que por mí padecisteis en la cruz, y los tormentos que por mí sufristeis en toda vuestra vida. En ellos tengo toda mi confianza: en ellos atesora mi pobreza valor; y por ellos han de ser recibidas y aceptas mis poquedades. Tomad, Señor, este trabajo en que me hallo, en unión de esos inmensos que por mí padecisteis. No tengo de mí cosa que ofreceros, sino estas miserias: aquí os ofrezco mi tribulación en sacrificio, y con ella me sacrifico á mí con cuanto corazón puedo y alcanzo. No desechéis, Señor, vuestra criatura. Si

me quisierais consolar, sea bendito vuestro nombre: si quisierais atribularme, también seáis bendito. Tomadme por vuestro, y eso me basta.

Aquí renuncio cuerpo, alma, voluntades, deseos, sucesos de la vida, consolaciones, trabajos, todo lo que soy, lo que puedo desear, y cuanto sobre mí puede venir. Aceptadme, Señor, tan miserable como aquí me veis, y cumplid en mí todas vuestras voluntades. No me castigáis con quitarme la Cruz, sino consoladme con darme voluntad de sujetarme á ella. Dadme lo que fuereis más servido, y en el principio, medio y fin de cuanto me diereis, concededme que no quiera yo cosa diversa de lo que Vos ordenéis, y que tenga por la mayor merced vuestra el que glorifiquéis en mí vuestro santo nombre del modo que quisierais.

Y pues vos, Pastor verdadero de mi alma, quisisteis ser mi Maestro, mi guía, y compañero en todos mis trabajos, y para eso tomasteis sobre Vos tantos y tan inmensos; poned mis ojos en Vos, apartadme de mí, enseñadme á no desear otra compañía que la vuestra, y quitadme el cuidado de cuanto no sea imitaros, con llevar las cruces que me diereis con amor. Juntando este mi trabajo, y cuantos en la vida padeciérais, con estos vuestros tormentos que por mí pasasteis, os los ofrezco en satisfacción de mis culpas, y por todas las almas del purgatorio, especialmente por las más desamparadas. Y pues sin vuestro amor no puedo hacer cosa que os sea acepta, dadme, Señor, ese amor, con el cual os ame sobre todas las cosas. Oídme, Señor, y recibidme, pues sois mi consolador y vida del alma, por la cual vivo, sin la cual muero, por la cual soy, sin la cual perezco; por la cual recibo consuelo, y sin la cual me veo atribulado: vida soberana, suave, dulce, toda amable, y digna de morir por ella para vivir en ella eternamente.

¡Oh Madre de Dios, Virgen perpetua y purísima, amparo de afligidos, guía de los errados, ayudadora de los flacos é intercesora de los pecadores! Ofreced este mi trabajo á vuestro Único Hijo, con todos los que en la vida pasare, para que los acepte en sacrificio de lo que le debo; y alcanzadme gracia para sufrir con paciencia y tener conformidad con su querer. ¡Oh Corte celestial rendida en todo á la voluntad de este Señor, piedras vivas de esa celestial Jerusalén, que fuisteis aquí labradas y limpias con muchas tribulaciones! Alcanzadme luz del Señor para que le conozca, amor con que le ame, conformidad con que en todo me someta á su santísima voluntad. Y pues pasasteis por mis miserias, esforzad mi flaqueza en la tribulación, para que por la imitación de vuestros trabajos merezca la compañía de vuestra gloria, viendo, adorando y amando perpetuamente al Padre Criador, al Hijo Redentor, y al Espíritu Santo Consolador, que vive y reina para siempre, sin fin, Dios y Señor de mi corazón. Amén.

FIN

INDICE

	Págs.
EL VENERABLE PADRE TOMÉ DE JESÚS.....	III
Avisos y sentencias para mejor aprovecharse de los trabajos de Jesús..	1
TRABAJO PRIMERO.— Previsión y aceptación de los trabajos que habia de padecer.....	6
Ejercicio de la Encarnación.....	6
Ejercicio del primer trabajo.....	8
TRABAJO II.—La estrechez y obscuridad del lugar en que anduvo nueve meses.....	12
Ejercicio del lugar en que el Señor anduvo nueve meses.....	16
TRABAJO III.— Tener represada por algún tiempo la fuerza del amor, sin manifestarse en otras obras.....	20
Ejercicio de los nueve meses que el Señor tuvo represada la fuerza de su amor.....	23
TRABAJO IV.— El duro tratamiento que Cristo dió á su cuerpo luego que nació, y de su nacimiento.....	27
Ejercicio del nacimiento y duro tratamiento que el Señor dió á su cuerpo.....	31
TRABAJO V.— Lágrimas del Señor por nuestros pecados.....	35
Ejercicio de las lágrimas del Señor.....	39
TRABAJO VI.— Desabrigo de las asperezas del tiempo.....	44
Ejercicio del desabrigo del Señor.....	48
De la sacratísima Virgen Nuestra Señora.....	52
TRABAJO VII.— Circuncisión.....	53
Ejercicio de la Circuncisión del Señor.....	59
TRABAJO VIII.— Destierro de la patria por persecución de Herodes y adoración de los Reyes Magos.....	63
Ejercicio del llamamiento de los Magos á adorar al Señor en Belén.....	69
De la oferta del Señor en el templo, en los brazos del Santo Siméon.....	74
Ejercicio de este misterio.....	75
Ejercicio de la huida del Señor á Egipto por persecución de Herodes.....	79
TRABAJO IX.— Sentimiento de la muerte de los Inocentes.....	84
Ejercicio del trabajo y dolor que el Niño Jesús tuvo de la muerte de los Inocentes.....	89